

Fantasía, objetos y estructura psíquica

Willy Baranger

‡El psicoanálisis no ha inventado el concepto de estructura psíquica, si bien lo utiliza desde el principio, ya que los primeros trabajos de Freud sobre la histeria conciben el síntoma neurótico como expresión de un conflicto permanente (aunque susceptible de muchas variaciones) entre fuerzas instintivas de características determinadas y un “yo” dotado de cualidades igualmente determinadas y específicas. Las aportaciones de la “Gestalttheorie” y de la fenomenología al conocimiento de las estructuras psíquicas han contribuido a esclarecer el contenido que da el psicoanálisis al concepto de estructura psíquica.

Cuando Freud descubre las grandes regiones funcionales del aparato psíquico, — el ello, el yo, y el superyó, — formula una descripción fundamentalmente estructural de la vida psíquica. La fecundidad de la formulación freudiana reside en la síntesis de los aspectos estructurales y dinámicos de los fenómenos. Las estructuras no son “cosas en sí”, dadas una vez por todas, sino que integran equilibrios dinámicos más o menos estables, y susceptibles de reestructuraciones profundas. Las fuerzas, instintos y pulsiones, no existen como aisladas y ciegas, sino en interacción estructural entre sí y con los conjuntos psíquicos más organizados.

Como lo ha mostrado David Rapaport (1) siguiendo a Freud, el instinto posee ya de por sí sus características estructurales. Ya en el lactante las respuestas instintivas a un mismo estímulo (falta objetiva de alimento, por ejemplo) son diferenciadas y llevan el sello de una individualidad. Algunos lactantes toleran el retraso en la mamada sin demasiada protesta, otros se angustian y desesperan (umbral de tolerancia a la frustración); hay una tendencia estructural a reaccionar al retraso en la gratificación por la conducta emotiva,

o activa, o por el pensamiento; hay una relación estructural entre el instinto y el objeto o los objetos que lo pueden satisfacer.

Sabemos además que nunca, salvo en una descripción simplificada con fines pedagógicos, se puede hablar del instinto sin tener en cuenta el yo, por rudimentario que fuera, que le da forma y lo maneja en cierta medida. Nadie duda que el yo y los instintos estén ligados en forma indisoluble, pero quedaría por concebir sus relaciones de un modo más concreto.

En los escritos psicoanalíticos posteriores a “Duelo y melancolía” (2) aparece un tercer factor estructural ocupando una posición por así decir intermedia entre el instinto y el yo y superyó: el objeto introyectado. Ya se conocía la relación entre el instinto y el objeto (externo) con el cual puede cumplir su finalidad. Con “Duelo y melancolía”, Freud descubre un nuevo tipo de existencia del objeto: ya no fuera del sujeto, sino dentro de él. En este trabajo fundamental para todo el desarrollo ulterior del psicoanálisis, Freud estudia dos estados del objeto introyectado: en el primero, el objeto perdido en el mundo externo (por muerte o separación real o fantaseada), está reconstituido en algunas de sus características dentro del mundo psíquico del sujeto. En el segundo, por el trabajo del duelo, el yo se integra paulatinamente con este objeto introyectado, adquiriendo sus características y enriqueciéndose con lo que ha perdido en el mundo exterior. Por este proceso de identificación, el objeto de los instintos se transmuta en un elemento capital de la estructura del yo.

Estos procesos descritos en términos teóricos por Freud y en términos novelescos por Proust, casi en la misma época y en forma independiente, agregan un factor fundamental a

‡ Publicado originalmente en la Revista Uruguaya de Psicoanálisis 1(3) 1956; pp. 303-341



nuestra comprensión de la estructura psíquica, y en particular, del carácter.

Uno de los conceptos estructurales de Freud es imprescindible para entender la relación entre instinto y objeto: es el de fantasía inconsciente. Designa primero la vivencia de la relación entre el instinto administrado por el yo y el objeto. Freud estuvo desde el principio en posesión de este concepto; lo utiliza en todos sus análisis, aunque no le da todo el desarrollo teórico que llevaba implícitamente y que esclarecieron los trabajos de M. Klein y de su escuela. Nos encontramos entonces frente a toda una serie de conceptos estructurales: el instinto con sus características definidas; la fantasía inconsciente como relación estructural vivenciada entre instinto, sujeto y objeto; el objeto introyectado modelado por la fantasía; el yo y el superyó estructurados por identificación con los objetos introyectados. Estos son entonces los puntos que tenemos que examinar si queremos entender mejor lo que es la estructura psíquica.

I. El campo del psicoanálisis y su traducción metapsicológica¹

Si se examinan los trabajos actuales que tratan de metapsicología, uno percibe que se dividen, a grandes rasgos, en dos grupos. Unos toman como punto de partida la primera descripción metapsicológica de Freud, tal como se expresa en el último capítulo de la "Interpretación de los sueños"; (3) otros al contrario parten de la segunda, la de "Psicología de las masas y análisis del yo", (4) y de "El yo y el ello". (5) Quiero decir que los primeros hacen recaer el acento esencial sobre el instinto, las huellas mnémicas, los sistemas inconsciente, preconscious y consciente. Los segundos toman como punto de referencia básico la división estructural del aparato psíquico en ello, yo y superyó, y atribuyen a los procesos de proyección, introyección e identificación una importancia fundamental. Se sabe que

ambas descripciones son estructurales, y que el mismo Freud no las consideraba contradictorias, ya que nunca renunció explícitamente a la primera.

Pero eso no descarta que la segunda recalque más que la primera la importancia de los factores estructurales, ni que ambas pertenezcan a dos épocas muy distintas de la elaboración teórica del psicoanálisis. La primera corresponde a una época donde el centro de interés estaba todavía localizado en los síntomas neuróticos y en las pulsiones inconscientes; la segunda a una época donde los progresos realizados en la técnica y la ampliación del campo de los fenómenos investigados habían centrado el interés sobre el yo y la estructura psíquica en general. Quizá sea la contraparte de la extraordinaria fecundidad del genio de Freud el que haya hecho coexistir en su última descripción metapsicológica sistemática [el "Compendio del psicoanálisis" (6)] concepciones basadas en enfoques y provenientes de períodos muy distintos. Freud estaba más preocupado por descubrir que por armonizar entre sí descubrimientos ya realizados.

Por este motivo, pensadores psicoanalíticos de buena fe y de orientaciones teóricas muy distintas pueden con razón encontrar en los textos de Freud un apoyo para sus descubrimientos y sus elaboraciones teóricas.

Pensamos que la necesidad donde estuvo Freud de agregar una nueva descripción metapsicológica a la primitiva equivale a reconocer implícitamente la insuficiencia de ésta, y que esta necesidad provenía de un cambio muy profundo en la técnica del análisis. En el psicoanálisis, como en toda ciencia, los cambios en la técnica se producen correlativamente con nuevas elaboraciones teóricas. Creemos, por consiguiente, que sería provechoso rever nuestra metapsicología a la luz de nuestra técnica actual. Por ejemplo, tendemos actualmente a restar importancia patógena a los traumas infantiles; tendemos a evitar el formular nuestras interpretaciones en

¹ Muchos conceptos de esta primera parte han sido desarrollados por Dr. Enrique Pichón Riviére en

seminarios dictados en la Asociación Psico-analítica del Uruguay (1955 y 1956).



términos de reconstrucciones históricas; consideramos que el modo eficaz de ayudar a nuestros pacientes es interpretarles lo que está pasando actualmente en la sesión. Todo esto implica una nueva metapsicología. No se trata de inventarla, sino de formular lo que ya se concibe en forma más o menos explícita.

Llegaremos así a distinguir dos orientaciones en el psicoanálisis actual: una orientación “historicista” y una orientación “an-historicista”. Para la primera, lo esencial del proceso analítico se fundamenta sobre la memoria; tenemos antes que todo que reconstruir la historia del paciente, es decir ubicar los acontecimientos de su historia en relación con la evolución de sus instintos y de su yo, lo que llevará a una metapsicología del instinto, de la huella mnémica, de las cualidades psíquicas. Para la segunda, lo esencial es lo que pasa actualmente en la sesión, sin que nos preocupemos para nuestra actuación de hacer una reconstrucción histórica, lo que lleva a una metapsicología de la fantasía inconsciente, de la vivencia, de las relaciones objétales, de las modificaciones estructurales, de la relación bipersonal transfe-rencial-contratransferencial.

Si nos ubicamos en esta perspectiva, la interpretación de los fenómenos en términos de instintos pasa al segundo plano; y lo esencial va a ser el discernir todos los aspectos de la vivencia del paciente.

Si nos ubicamos en esta segunda perspectiva, necesitamos describir primero el campo operacional de la situación analítica, pues la metapsicología tendrá que dar cuenta antes que todo de los fenómenos que ocurren en este campo operacional.

Ya no se trata de un paciente con un analista-ojo, o pantalla pensante. Se trata de dos personas en un espacio cerrado, una de las cuales está para entender y ayudar mediante la interpretación, y la otra para ser entendida y ayudada. No es una situación puramente repetitiva, sino que tiene un carácter absolutamente original, primero por el derecho a sentir y decir cualquier cosa, y segundo por la actitud y la *personalidad del analista*. La pieza misma donde se realiza la sesión, la expresión del analista al saludar y al entrar, su vestimenta, su tono de voz al hablar, sus silencios, el hecho que interprete tal cosa y no tal

otra, y en tal forma y no en tal otra, todo esto hace del analista un partícipe integral en la situación que se presenta, y manifiesta su situación contratransferencial. Más entendemos la situación analítica, más importantes nos aparecen estos fenómenos, y más enterado nos parece el paciente (consciente o inconscientemente) de nuestra participación.

Se crea así un “campo” vivencial entre estas dos personas. El “marco” de esta situación está constituido por los límites espaciales del consultorio, y por la actitud exterior de una de las dos personas: el analista que, en general, no se puede ver, o se puede ver poco; que no manifiesta reacciones afectivas intensas, que se limita a interpretar lo que pasa, sin aprobación ni desaprobación. Este campo tiene pues dos centros de características distintas: el analista y el paciente. La regla de “neutralidad” del analista tiene por finalidad de dejar, en la medida de lo posible, al paciente libre de estructurar el campo según sus necesidades. Libertad relativa, ya que está limitada por la reacción contratransferencial del analista, y que éste interviene con su interpretación para modificar el campo.

¿Qué ocurre, pues, en este campo? Desde su constitución, es decir desde el encuentro y el saludo del analista y del paciente, el campo adquiere una estructura determinada. El paciente experimenta algo en relación con su analista (y reciprocamente) aunque sea indiferencia. Es decir que se crean líneas de fuerza que dan al campo una configuración determinada. Esta configuración puede tener su aspecto consciente para el paciente, o él puede negarla o rechazarla (por ejemplo cuando siente que “no tiene ganas de tener sesión”, cuando “no tiene nada que decir”), pero, aún cuando la situación tiene una configuración consciente, existe siempre otra configuración inconsciente, que es el objeto de la interpretación.

Es decir que el analista busca el significado latente de la configuración que ha percibido a través del material verbal o no verbal del paciente. Este significado siempre se puede formular en términos de una fantasía inconsciente, y sólo la interpretación de esta fantasía inconsciente permite a la situación evolucionar



El objetivo inmediato del trabajo analítico es entonces de interpretar la fantasía inconsciente que, actualmente activada, configura el campo operacional que se ha creado entre analizado, y analista.

Pongamos un ejemplo: el paciente ha notado que el analista está resfriado; lo dice, y se queda en silencio; una de las configuraciones posibles sería: “Este (el analista) está debilitado; ¿tendré yo la culpa por haberlo atacado en la última sesión? Yo puedo enfermarlo y quizá matarlo con mi agresión. Soy omnipotente para el mal. Me callo para no hacerle más daño.” En términos abstractos: uno de los centros del campo es malo y omnipotente, el otro en peligro de destrucción. Se trata de bloquear” la situación para que no se realice la fantasía, es decir para aplacar la angustia depresiva.

En el supuesto ejemplo, la fantasía inconsciente que se manifiesta con el analista es la que el sujeto vivenció con muchos objetos actuales y pasados, es decir que el analista ha pasado a representar objetos del mundo interno del paciente, y en otras situaciones, partes o aspectos de su yo. Lo mismo, aunque mucho menos manifiestamente, el paciente para el analista.

En resumen: los conceptos que utilizamos básicamente en la técnica son los de situación analítica concebida como un campo limitado con dos centros de fuerzas; significado de la configuración actual del campo, es decir la fantasía inconsciente que motiva la distribución y el sentido de las fuerzas; de objetos introyectados, que por su ubicación en este campo le confieren su estructura básica; de estructura interna del paciente (y del analista), que se difunde en el campo, donde tiende a repetirse.

Metapsicológicamente, tenemos entonces que concebir las fantasías inconscientes y los objetos introyectados como dos aspectos del campo de la situación analítica, y por consiguiente del “campo” interno del paciente: la fantasía es lo que da su significado global actual al campo vivenciado; el objeto es el centro de referencia de la fantasía con relación al yo.

II. El concepto de fantasía inconsciente

Las oscuridades de la metapsicología del concepto de fantasía inconsciente, aún en el trabajo básico de S. Isaacs (7), nos invitan a interrogarnos sobre la ubicación que le pertenece en el edificio teórico del psicoanálisis. El examen de la contradicción entre la importancia que damos a este concepto en nuestra actuación técnica y la que le damos en nuestra metapsicología, así como ciertas contradicciones en el trabajo de S. Isaacs, nos llevarán a formular la re-ubicación (ya realizada implícitamente en muchos trabajos actuales) del concepto de fantasía inconsciente como concepto estructural básico de la metapsicología.

Planteo del problema: fantasía, instinto, cuerpo y técnica psicoanalítica

Los trabajos de Freud muestran que estaba en posesión de un concepto esencialmente estructural de la fantasía inconsciente. Sin embargo, Freud no pudo dar a este concepto el pleno alcance teórico que involucraba, porque eso le hubiera llevado a revisar en forma amplia muchos de sus conceptos metapsicológicos. Aunque el trabajo de S. Isaacs constituya un paso muy importante en la explicitación de aspectos de este concepto que quedan implícitos en Freud, no llega, a mi parecer, a superar la dualidad de la cual padece el concepto en la teoría freudiana. Así es como las formulaciones de S. Isaacs evolucionan en el curso del trabajo, las primeras subordinando el concepto de fantasía al instinto, (haciendo de la fantasía la “expresión” del instinto, viendo en la fantasía una forma de “vivenciar” el instinto), las segundas al contrario tendiendo a considerar la fantasía como un concepto nodular ubicado entre lo dinámico y lo estructural, — como la base dinámico-estructural de los fenómenos psíquicos. En último término, estos dos conceptos de la fantasía inconsciente dependen de dos conceptos del cuerpo — que ambos son empleados en forma poco discriminada en el pensamiento psicoanalítico actual. La primera representación del cuerpo es la que dirige el pensamiento médico “clásico”, es decir la de un cuerpo- objeto entre objetos, que posee sus características estudiadas por la biología, la



fisiología, la patología. La segunda es la de un cuerpo *vivenciado*, un cuerpo para-mí, como dicen los fenomenólogos, un cuerpo-estructura actuando en el campo total de mis actividades, un cuerpo que puede resfriarse cuando me siento abandonado o vomitar expresando mi situación de asco.

Otro concepto del cuerpo, otra concepción de la afección psicosomática, otra concepción del instinto y de la fantasía. Yendo más lejos todavía, se trata de quién expresa a quién. En el primer concepto, el instinto expresa el cuerpo. Tengo hambre porque mi cuerpo está desnutrido. En el segundo, mi vivencia del cuerpo expresa mi situación total: tengo que tragar algo (comida, alcohol, humo de tabaco, imágenes de cine, libros, etc. . .) porque siento en mí el vacío del abandono, o la necesidad de neutralizar lo que me molesta internamente, por cosas que yo vivo como buenas, aunque esté bien nutrido. Ahí está la diferencia entre la medicina clásica y la investigación psicosomática: la primera obra con un concepto del cuerpo-objeto, la segunda con un concepto del cuerpo-vivencia. En otros términos: los conceptos de un cuerpo sin fantasías o de una fantasía del cuerpo (esquema corporal). Lo mismo diríamos del instinto: así como el cuerpo puede estar “realmente” desnutrido o puede la fantasía del cuerpo estar vacía y necesitada de objetos (lo que no coincide forzosamente con la desnutrición, sino no existirían obesos), mis instintos pueden expresar necesidades de mi cuerpo, o mi cuerpo puede ser vivenciado como expresión de mis necesidades (fantasías). En términos de instintos, o el instinto expresa el estado de mi cuerpo, y entonces constituye la base de mis fantasías; o las vivencias de mi cuerpo, que siento como impulsos instintivos, expresan mis fantasías básicas.

El pensamiento psicoanalítico actual no puede abandonar ninguna de las dos perspectivas. El principio de continuidad genética que todos aceptamos, nos hace considerar, — teniendo en cuenta las diferencias estructurales, — lo psíquico como la prolongación de lo biológico. La experiencia psicoanalítica, al contrario, nos hace comprobar que no sólo la vivencia del cuerpo sino su funcionamiento objetivo expresan situaciones vivenciadas por tal o cual persona

concreta, según esquemas o mecanismos más o menos generales. Sino la aplicación de técnicas psicoterapéuticas al asma, a la hipertensión, a la impotencia eréctil, a la úlcera gastroduodenal, etc. sería un absurdo.

Este problema básico determina a la vez nuestro concepto del instinto y el de la fantasía. Según el principio genético, la fantasía depende del instinto y lo expresa; según la experiencia psicoanalítica el instinto manifiesta fantasías y se activa por ellas. En otras palabras, una fantasía es una situación interna vivenciada (o el molde estructural de esta situación), es decir que implica tanto el instinto como el objeto, y sobre todo la relación estructural entre instinto y objeto (es decir la “finalidad” del sujeto del instinto acerca del objeto: “este pecho bueno, lo quiero tener dentro de mí”). Es decir que la fantasía no expresa el instinto, sino que el instinto es un aspecto dinámico de la fantasía. La fantasía implica tanto un objeto, una finalidad, un sujeto de la finalidad, como el instinto que mueve a este sujeto.

Primitivamente, la fantasía es vivida en forma corporal: “yo, como boca, quiero tragar este pecho bueno y tenerlo dentro de mí”.

Esta perspectiva no descarta la descripción de los fenómenos en términos de instintos; sino que trata de integrarla en una perspectiva más completa (siguiendo hasta sus consecuencias la descripción estructural de Freud).

El psicoanálisis tiene entonces dos conceptos del cuerpo, del instinto y de la fantasía: uno ontológico y uno metodológico. Por su representación ontológica, el psicoanálisis admite que el cuerpo existe primero, se expresa bajo forma de impulsos instintivos, que llegan a la esfera psíquica inconsciente del ello en forma de fantasías, las que, después de las consabidas modificaciones, llegan o no a hacerse conscientes. Por su representación metodológica — que depende de su técnica de manejo de los fenómenos humanos, el psicoanálisis se ubica en forma muy distinta: sale de la vivencia de los pacientes en el aquí y ahora de la sesión construye o percibe a partir de los fenómenos observados un significado expresable en términos de fantasía. La revelación de esta fantasía al analizado es el arma esencial de la técnica analítica. Lo efectivo en nuestras interpretaciones no son los instintos, sino las fantasías (en



otras palabras: no vamos a decir a un paciente: “Ud. tiene instintos orales muy poderosos”, sino: “En este momento, Ud. desearía comerme y tenerme dentro de Ud.”. Lo segundo implica además lo primero).

Surge entonces una contradicción entre nuestra representación teórica del aparato psíquico y nuestra actuación sobre él. Lo determinante no es lo mismo en un caso y en el otro.

Oscuridades del trabajo de S. Isaacs

En el artículo de S. Isaacs, me parece que el pensamiento en términos de fantasías tiende a superponerse al pensamiento en términos de instintos, sin llegar a reemplazarlo en forma totalmente sistemática.

S. Isaacs acepta la formulación freudiana de que el ello es “la primera expresión psíquica” del instinto (este siendo concebido como “un concepto límite entre lo biológico y lo psicológico”). Así declara S. Isaacs que “La fantasía es (en primera instancia) el corolario mental, el representante psíquico del instinto. No hay impulso ni necesidad o respuesta instintiva que no sea vivida como fantasía inconsciente” (8).

Estas dos afirmaciones pueden resultar algo contradictorias. Primero se sostiene que la fantasía es “el corolario mental” del instinto (prioridad de lo biológico). Pero la afirmación siguiente de que “no hay impulso ni necesidad o respuesta instintiva que no sea vivida como fantasía inconsciente” da mucho más que pensar. Aparentemente, se trata de una correlación lógica: lo mismo que la fantasía inconsciente es el “corolario” del instinto, lo mismo el instinto es el “corolario” de la fantasía: en otros términos, no hay fantasía sin instinto subyacente, no hay instinto sin fantasía, (o: no se puede alcanzar el instinto sin entender primero las fantasías en las cuales se manifiesta). La segunda afirmación se refiere obviamente a la experiencia técnica psicoanalítica: nunca nos enfrentamos con un instinto (en su raíz inconsciente) sin el intermedio de una fantasía igualmente inconsciente. Es decir que, ubicándonos en el plano de la observación, lo que encontramos primero en la interpretación de los fenómenos expresados por el paciente son

fantasías. El instinto, faceta dinámica de la fantasía, es deducido para dar cuenta de estos aspectos dinámicos, pero *nunca* es observable directamente (lo que decía Freud), ni deducible como fenómeno aislado, sino por un proceso de abstracción.

En buena lógica, si lo que alcanzamos con nuestra técnica son fantasías, y si los instintos son aspectos abstractos de estas fantasías, no tenemos derecho a suponer que los instintos determinan fantasías que serían nada más que sus “corolarios mentales”. Para llegar a esta afirmación, tenemos que admitir previamente la prioridad de lo biológico con respecto a lo psicológico; pero entonces nos enfrentamos con un problema: ¿cómo el instinto, fuerza básicamente biológica, puede expresarse por fantasías que, siendo relación entre un yo, un objeto, una finalidad determinada de este yo con este objeto, son por definición estructurales? Tendríamos que admitir que el instinto lleva implícitas sus características estructurales (finalidad determinada con un objeto determinado), lo que contradice la descripción por Freud del proceso primario, con sus mecanismos de condensación y desplazamiento indiferenciados, o que el yo primitivo tiene características estructurales capaces de encauzar las fuerzas instintivas y darles forma de fantasías inconscientes.

La única solución parece ser el considerar las fantasías inconscientes como fenómeno primitivo, en la base tanto de lo que luego abstraemos como instinto, como de lo que luego consideramos como factores estructurales del yo. Hacia esta última concepción nos orienta el pensamiento de S. Isaacs.

El concepto estructural de la fantasía inconsciente

Cuando S. Isaacs declara que “La fantasía es el vínculo activo entre instintos y mecanismos del yo” (9) aparece el principio de una nueva metapsicología. Efectivamente, esta formulación implica un enfoque muy distinto del que examinamos hasta ahora, y que parece ser propio de la escuela de M. Klein. Si se admite que la fantasía inconsciente es el vínculo activo entre instinto y mecanismo (estructural) del yo, no se puede



mantener que se reduce a una expresión del instinto, ya que lo “transmute” en mecanismo, sino tenemos que admitir que la fantasía inconsciente es una estructura, cuyo aspecto dinámico lo llamamos instinto, y cuyo aspecto más cristalizado lo llamamos mecanismo.

Ya sabemos como el yo — y el superyó — se constituyen a base de los mecanismos de proyección e introyección (5). Estos mecanismos, como todos los demás mecanismos de defensa, (S. Isaacs) manifiestan la actuación de fantasías básicas. Sabemos también como los objetos introyectados y proyectados, en los distintos momentos de su evolución correlativa con la del yo y del superyó, son moldeados por las fantasías inconscientes, éstas siendo a su vez modificadas por las experiencias de gratificación y frustración provenientes del mundo exterior.

Estamos llevados entonces a la conclusión de que la fantasía inconsciente tiene la misma ubicación con respecto al instinto, al objeto, y al yo. Da forma al instinto, moldea al objeto primitivo, está en la base de la estructuración del yo (estructuración que no se puede concebir sin actuación determinante del instinto y del objeto). Tenemos entonces que modificar el contenido del concepto de fantasía inconsciente para atribuirle el de prototipo de la estructura psíquica.

Las distintas características atribuidas por S. Isaacs a la fantasía inconsciente no dejan lugar a dudas sobre este contenido. La fantasía está ligada originariamente al instinto; implica un objeto; está en la base de los mecanismos de defensa; determina el desarrollo psíquico; existe anteriormente a las palabras y determina la posibilidad de ellas; moldea la experiencia sensorial; sostiene la memoria, el carácter, el examen de la realidad. Se encuentran fantasías en la base de fenómenos dinámicos como estructurales, patológicos como normales, psíquicos como corporales.

La idea básica del trabajo de S. Isaacs, contradicha por algunas de sus primeras afirmaciones, es que la fantasía inconsciente se encuentra en el nódulo común de la experiencia interna y de la experiencia externa; del instinto, del objeto y del yo; de lo corporal, de lo mental, de lo perceptivo y de lo social; del mundo de la imaginación como del de la realidad. El concepto de

fantasía llega a equivaler al de lo psíquico (por lo menos en su forma básica). Todo lo psíquico es fantasía primitiva o modificada, lo que corresponde enteramente a la experiencia de la técnica psicoanalítica.

Las prolongaciones teóricas de este trabajo, me parecen de una importancia inestimable. El trabajo me parece un esfuerzo decisivo para formular uno de los principios teóricos básicos del pensamiento de M. Klein y de su escuela.

Un aspecto capital de este principio parece ser el ubicar la investigación psicoanalítica en el plano de la vivencia (por eso S. Isaacs habla de la fantasía como “vivencia del instinto”). Quiero decir, en un plano donde las posiciones ontológicas arraigadas en nuestra civilización, nuestro pensamiento y nuestro lenguaje dejan de ser ontológicas para ubicarse como formas de la experiencia humana. Una situación de persecución, por ejemplo, puede ser vivida como vigilancia por el portero (situación paranoide) como crítica o agresión interna por algo o alguien mental distinto del yo; o como dolor corporal infligido por un perseguidor hipocondríaco localizado en alguna parte del esquema corporal. Que esté ubicado el perseguidor en el mundo social, en la mente o en el cuerpo, la situación no varía en lo fundamental. Se trata, para retomar un concepto de E. Pichon-Rivière, de “áreas” de ubicación de los conflictos. Alrededor de estas áreas primitivas se sitúan las categorías espacio - temporales. La interpretación ya no hace intervenir el cuerpo - objeto como determinante, sino el sujeto corporal como nódulo de experiencia. Sustituimos el cuerpo por el esquema corporal cuando se trata de una intelección psicológica de los fenómenos.

Pensamos entonces que el concepto de fantasía inconsciente, con el contenido nuevo que adquiere en el pensamiento de M. Klein y de su escuela, y que ha sido formulado por S. Isaacs, aunque no en todas sus consecuencias, puede ser considerado como el fundamento teórico de la nueva técnica “vivencial” que está prevaleciendo en el psicoanálisis actual. Asimismo, este concepto, por su carácter estructural, puede ser considerado como el concepto básico del sistema de representaciones destinadas a dar cuenta de los fenómenos psíquicos. Como se ubica



anteriormente a la división soma - psique, a la división mundo interno - mundo externo, a la división forma - contenido, representa el punto nodular a partir del cual se estructuran las distintas áreas cuyo conjunto forma la estructura psíquica en su totalidad.

Si la fantasía posee un carácter estructural, con más evidencia lo van a presentar los objetos introyectados. La fantasía moldea al objeto. Las observaciones de M. Klein sobre el lactante (10-11) muestran que el objeto es percibido según las fantasías que se encuentran activadas en el momento de su percepción; pero tampoco podemos decir que el objeto depende estrictamente de la fantasía, al contrario el juego de proyección e introyección, de re-proyecciones y re-introyecciones, es lo que permite la modificación y diversificación de las fantasías. Si la fantasía moldea primero al objeto, éste a su vez modifica la fantasía. La relación entre fantasía y objeto puede pues resumirse como la relación de una estructura relativamente simple a una estructura de organización superior. El objeto integra fantasías y experiencias perceptivas del mundo exterior. No se reduce a la fantasía, ya que puede, conservando su estructura propia, intervenir en fantasías múltiples, pero tampoco puede concebirse sin las fantasías sin perder su significado. Se hace ahora necesario un intento de esclarecimiento del concepto de objeto internalizado.

III. El concepto de objetos internalizados

1) Descubrimiento del concepto

Este concepto constituye uno de los problemas más arduos del psicoanálisis actual. Aún muchos psicoanalistas pueden calificar en estos días la formulación de los fenómenos psíquicos en términos de objetos introyectados como “mística” o “mitológica”, como si incluyera la creencia en entidades intrapsíquicas misteriosas haciendo función de “deus ex machina” para explicar lo que no se entiende con claridad.

Sin embargo, el concepto de introyección, y el correlativo, de objetos introyectados, cobraron una importancia cada vez mayor desde que Ferenczi, en su artículo “introyección y transferencia”, de 1909, lo formuló por primera vez. La

historia del concepto ya ha sido escrita (12); baste recordar que Freud lo amplió considerablemente, en particular en “Duelo y melancolía”, 1917, y en “El yo y el ello”, 1923, primero cuando descubrió la relación de la introyección con la pérdida del objeto amado y su importancia determinante en el duelo y en la melancolía, y segundo, cuando llegó a la conclusión que el proceso de introyección constituía un aspecto determinante de la evolución psíquica normal y desempeñaba un papel fundamental en la estructuración de la personalidad. Las investigaciones de Abraham, llevadas paralelamente con las de Freud, y después, las de Melanie Klein y de sus colaboradores, fueron reconociendo al proceso de introyección una importancia primordial.

La existencia del objeto es primitivamente externa, es la amada para el amante, el saber para el científico, la copa de alcohol para el bebedor. Los objetos externos son múltiples a razón de nuestros deseos, pulsiones, instintos, fantasías. Son más o menos individuales o genéricos según el sujeto y los momentos (tal mujer o la mujer en general). Con más precisión, se entiende antes que todo por objeto la persona o la parte de persona, si se trata de un objeto “parcial”, que es objeto de los deseos y fantasías sexuales o agresivas del sujeto. Los demás objetos, cosas reales o abstracciones, son derivados de los objetos primitivos. La transición de estos a aquellos se produce por modificación de los instintos y de las fantasías en el proceso de estructuración del yo.

En este sentido, el objeto no existe “en sí”, sino para el sujeto. El objeto es experimentado según las necesidades del sujeto y no según sus características “objetivas”, y más todavía cuando se trata de objetos más arcaicos. Vale decir que el objeto “objetivo” se halla en el término final de la evolución de un yo gradualmente capacitado para reconocer su realidad objetivamente. Aún en los adultos llamados “normales”, se experimenta el mismo objeto según los momentos como dotado de características contrarias: la misma persona puede aparecer hoy como bella, mañana como fea, hoy como buena, mañana como frustradora y agresiva, independientemente de sus características generalmente reconocidas.



Se hizo un descubrimiento capital cuando se reconoció que el objeto podía tener otro tipo de existencia del que tiene en la experiencia externa del sujeto; que podía existir en su mundo interno, y en diversas formas. En el duelo y en la melancolía, descubren Freud y Abraham, “el objeto perdido prosigue su existencia dentro del psiquismo”. Pero esta existencia es susceptible de asumir varias formas: puede ser distinta del yo o confundirse con él. En el trabajo del duelo se pueden observar distintas fases de esta existencia interna del objeto: una vez perdido, el sujeto lo introyecta (lo que se manifiesta por una retirada masiva, proporcional a la importancia del amor y odio por este objeto, de los intereses del sujeto hacia el mundo y hacia los demás objetos), luego el sujeto identifica paulatinamente el objeto con su propio yo, y recupera su interés hacia el mundo externo cuando ha podido integrar al objeto perdido; pero entonces ha adquirido características de este.

Marcel Proust describe el proceso en una forma sumamente profunda en “Albertine disparue”; el Narrador ha perdido a su amiga Albertine, a quien quería de un amor exclusivo, atormentado y ambivalente. En particular le causan muchos sufrimientos las actividades homosexuales de su amiga. Al cabo de un trabajo de duelo particularmente largo y penoso, el Narrador llega a consolarse de la muerte de Albertine, y a interesarse otra vez para aventuras amorosas. Pero las mujeres a quienes busca entonces son precisamente las que supone haber sido las amantes homosexuales de Albertine. Proust describe así la vida interna de Albertine en el Narrador, luego su identificación paulatina con el yo de este, y el proceso por el cual el yo adquiere los mismos gustos sexuales que su objeto (proceso aparentemente paradójico e inexplicable si no se tienen en cuenta la introyección y la identificación).

Esta descripción corresponde a lo que uno puede observar en la investigación clínica del trabajo de duelo normal, y en sus dificultades que configuran el duelo patológico (es decir la imposibilidad de elaborar el duelo mediante la identificación). En este estado, el sujeto se halla incapacitado para vivenciar el duelo. La dificultad puede recaer en dos momentos del trabajo del duelo: sea en el momento en que se siente pena o

tristeza por la pérdida; entonces el sujeto queda extrañado por no poder llorar, y experimenta indiferencia; sea en el momento de la integración identificativa del objeto interno con el yo y el superyó. En estos casos, no se produce el proceso de asimilación del objeto que prosigue su vida intrapsíquica, pero reprimida y encapsulada, y sigue atrayendo hacia sí una gran cantidad de catexia afectiva del sujeto, que sustrae a la vida real. Sabemos que la dificultad en la elaboración del duelo proviene por lo menos en parte del monto de agresividad que involucraba la relación con el objeto antes de que se lo perdiera, es decir de la intensidad de las angustias paranoides y depresivas ligadas a la pérdida. Si esta cantidad pasa de cierto nivel, sea el objeto introyectado queda encapsulado y no se asimila, sea se introyecta predominantemente en el superyó y produce intensos sentimientos de culpa. Los motivos para que se produzca uno u otro destino son evidentemente de carácter cualitativo, y repiten experiencias del primer año de vida. Podemos suponer que sujetos en los cuales los mecanismos disociativos y las angustias esquizo - paranoides predominaron en aquella época tenderán a reaccionar a la experiencia del duelo con indiferencia, y a encapsular el objeto perdido. Otros en los cuales predominaron las angustias depresivas en el primer año de vida tendrán una dificultad en la identificación: el objeto perdido se identificará sobre todo con el superyó, y en sus características agresivas, y ejercerá desde allí una venganza contra el yo del sujeto; surgirán entonces depresiones y sentimientos de culpa intensos que repetirán las experiencias de la temprana infancia.

2. El lenguaje y los objetos introyectados.

Cuando decimos que un objeto, después de introyectado, “continúa su existencia” dentro del psiquismo, se pensará quizás que tomamos una metáfora por una realidad. Vemos que el sujeto se comporta como si tuviera dentro de sí mismo al objeto que ha perdido en su vida externa. ¿Pero tenemos acaso el derecho de hablar de algo interno que provoca estas conductas y vivencias? ¿No será que el lenguaje que utilizamos nos ha llevado más lejos de lo permitido?



Cuando hablamos de un “objeto interno”, queremos designar cierto tipo de experiencias interpretables. Pero empleamos una terminología realista (por lo menos aparentemente). Cuando Paula Heimann refiere para hacer entender el concepto de objeto introyectado, la vivencia de un paciente suyo que “sentía que tenía en el estómago un hombrecito de algodón blanco, y que este se transformaba en negro cuando el paciente hacía algo malo” (12), comenta que el paciente le traía uno de sus objetos introyectados “en un plato”. En un sentido, es cierto, pues se trata de una persona que el sujeto ha “comido” o incorporado en su fantasía, y que “existe” en el interior de su organismo como distinto de su yo. Pero puede prestar a malentendidos. Se trata de una fantasía *consciente* del paciente acerca de su consciencia moral, indicando la relación de ésta con procesos de introyección oral muy primitivos, y con un objeto introyectado. Es la fantasía consciente de un objeto introyectado (una de las formas de vivenciarlo), no es el objeto introyectado. Podría ser su retrato o su caricatura. La fantasía consciente, — por motivos que cabría investigar —, es “linda”, es decir que ilustra bien los procesos introyectivos, pero no es más que una vivencia indirecta del objeto introyectado. Este, de conocer el caso, lo podríamos interpretar en una serie de situaciones que configurarían una fantasía inconsciente básica distinta de la que expresa el paciente.

Además, nos puede inducir a aceptar al pie de la letra la existencia del hombrecito. Está bien claro que la autora no se engaña en cuanto a todo eso, pero es muy difícil, cuando se habla de objetos introyectados, abandonar el significado realista que lleva consigo el término “objeto”, la palabra más realista de un lenguaje acostumbrado a tratar esencialmente con cosas “reales”, es decir físicas.

Paula Heimann, y todos los autores que pertenecen a la misma línea de pensamiento, han reconocido la inadecuación de nuestro lenguaje cuando se trata de formular los procesos psíquicos más arcaicos. Sin embargo, creo que no se ha podido superar todavía el inconveniente, y que utilizamos parcialmente el término objeto en su significado realista, lo que determina, en ciertos trabajos, una forma mecanicista de interpretar

los fenómenos en términos de objetos introyectados.

3. Objeto interno y objeto externo.

La dificultad nos invita a precisar las relaciones de los objetos introyectados con los objetos exteriores. Aquí el problema se vuelve candente. No conseguimos evitar por completo el concebir la relación mundo interno — mundo externo según la relación retrato — modelo. Citaré como ejemplo un pasaje de la misma Paula Heimann: “Por medio de esos impulsos orales, el niño construye un mundo interno que contiene los dobles de los objetos con los cuales tiene contacto en el mundo externo. Pero estos dobles no son retratos correctos; son los objetos externos transformados por sus impulsos y sus fantasías.” (12).

Las dificultades son obvias. Primero, esta concepción presupone que el mundo externo está dado en sí para el niño (se entiende el lactante en el principio de los procesos introyectivos, es decir en el principio de la vida extra - uterina). Pero sabemos por otra parte que se trata de una época en la cual el mundo externo y el mundo interno *no están diferenciados*. Lo más probable es que se trate de un campo de experiencia indiferenciado donde las características “reales” de los objetos no son percibidas como tales (un lactante puede percibir a una madre cariñosa como al peor de los perseguidores, como lo muestra Melanie Klein (11). Segundo, el término de objeto nos invita a suponer en la mente del niño *equivalentes reales*, tan deformados como se quiera, de los objetos *para nosotros*, los observadores externos. Cuando percibimos a una madre amamantando a un niño, tenemos una percepción diferenciada. Hay dos personas distintas, una adulta, la otra primitiva. A medida que vamos abandonando nuestra percepción, la escena cambia de sentido: sabemos que el lactante no percibe a su madre como nosotros la percibimos, sabemos que se relaciona no con la madre como totalidad, sino con el pecho y con una cierta atmósfera (olfativa, táctil, térmica, etcétera...). Pero esta percepción del lactante, la imaginamos en base a la nuestra. En el fondo, porque la madre existe para nosotros, tenemos que imaginar que existe lo mismo para el lactante. Más regresión



nos permitimos en nuestra identificación proyectiva con el lactante (también nos identificamos con la madre), más distinta nos aparece la vivencia del lactante a la nuestra. Pero siempre la interpretamos a *partir de la nuestra*. De donde la dificultad en deshacernos de los objetos tales como los percibimos. De donde la tentación de imaginar el pecho que percibe el niño como el retrato deformado del pecho que vemos cuando la madre lo amamanta.

Si llevamos hasta el extremo la tentativa de deshacernos de nuestra experiencia de adulto, llegamos a concebir que el objeto que puede introyectar el niño ya tiene muy poco que ver con el pecho que nosotros percibimos en forma visual. Tendríamos que duplicar la relación retrato - modelo: el pecho real percibido por el niño no puede ser sino un retrato muy deformado de lo que nosotros percibimos, y el pecho que el niño introyecta también sería un retrato deformado del que percibe.

El concepto mismo de introyección presupone una diferenciación estricta entre lo interno y lo externo, entre un yo y un no - yo. El niño para sí no introyecta (ya que para él no puede haber diferencia entre lo externo y lo interno). Parte de un campo fenomenal para él todo indiferenciado (aunque nosotros sepamos que en este campo se produzcan fenómenos de importancia decisiva que no dependen de él: si lo quieren, si le dan bastante comida y cariño, etc...). La observación nos enseña que su capacidad de discriminación y diferenciación, es decir su capacidad de *objetivar* y distinguir lo interno y lo externo depende de características en parte externas para nuestro concepto, pero que para él no pueden ser externas. La capacidad del niño de diferenciar lo interno y lo externo depende del grado en que sus objetos para nosotros reales le permitan evolucionar.

Tenemos pues que revisar nuestro concepto de introyección. Este concepto implica la división entre lo interno y lo externo que no puede existir en el momento de los primeros procesos "introyectivos". Al contrario, lo más probable es que la diferenciación entre lo interno y lo externo provenga de la introyección y de la proyección.

Muy esquemáticamente, y según las conclusiones de Melanie Klein, podemos representar-

nos las cosas en la forma siguiente: el recién nacido, bajo el impulso del instinto de muerte y del trauma de nacimiento, siente un incremento de tensiones y angustias que lo lleva a una primera disociación de objetos. Eso quiere decir que reacciona a todo incremento de tensiones y a toda frustración de origen interno u externo dividiendo su experiencia del pecho (su campo de experiencia fundamental) entre un centro positivo donde ubica todas sus pulsiones libidinales y sus experiencias placenteras (el pecho bueno); y un centro negativo, donde ubica todas sus pulsiones destructivas y sus experiencias displacenteras y angustiosas. Todo deja pensar que el primer núcleo, que actúa en el sentido de la integración, constituye la experiencia prototípica del "yo", en el sentido de "self", de lo propio; mientras el segundo, que es apartado del yo para dominar la angustia de desintegración, constituye la experiencia prototípica del no - yo, o de lo ajeno. Todo quedaría en esta forma y la evolución psíquica quedaría paralizada, si el yo primitivo no tuviera necesidad, tan pronto como se lo permite una disminución de tensiones, de tratar de reintegrar, o por lo menos de controlar este núcleo disociado y apartado del yo. Aquí empieza el inter-juego de reintroyecciones y de re-proyecciones, acompañado de nuevos procesos disociativos menos masivos, por el cual se van modificando y diversificando tanto los objetos como las relaciones de objetos y los mecanismos del yo destinados a controlarlos.

Así se constituyen dos áreas de experiencia que ya no se definen como "buena" y "mala" exclusivamente, sino como "yo" y "no - yo", interna y externa, ambas siendo buenas y malas en proporción variable según los momentos y las experiencias vividas. Con los progresos de la experiencia sensorial y la integración incipiente del esquema corporal, estas áreas adquieren características espaciales, que al final de una larga evolución llegan a constituir un mundo interno y un mundo externo. Todos los experimentos y las observaciones sobre las vivencias muy regresivas (experimentos con mescalina y sustancias análogas; observaciones sobre estados esquizofrénicos e hipocondríacos; producción de estados regresivos en el curso del análisis), muestran la relación esencial entre la integración del



esquema corporal y la diferenciación del mundo interno y del mundo externo. En el mismo sentido, el test de construcción de casas de Arminda Pichón - Riviére (13) permite apreciar la alteración del esquema corporal en los estados de regresión o de detención del desarrollo.

Podemos admitir entonces que la diferenciación entre mundo externo y mundo interno no se produce con su pleno sentido sino en el momento de la integración adulta del esquema corporal y que es condicionada por los procesos proyectivos e introyectivos. No se produce o se paraliza cada vez que los procesos proyectivos e introyectivos se perturban o se paralizan. A pesar de la etimología, tenemos pues que suponer que introyección y proyección existen antes de que existan un “dentro” y un “fuera”, como Procesos de separación o recuperación, y que ellas permiten la constitución del dentro y del fuera.

La primera conclusión que podemos sacar de estas consideraciones es que el objeto introyectado poco tiene que ver con lo que nosotros los adultos llamamos un “objeto”. No es fotografía, ni retrato, ni caricatura. Es una fantasía actuando en una situación real, es decir en una situación donde los elementos que para nosotros pertenecen a una realidad externa tienen importancia. Esta situación moldea el campo fenomenal del niño. Los mecanismos defensivos que pone en juego para superar las situaciones de angustia ya proporcionan un patrón de reacción para situaciones ulteriores. Estos patrones implican una fantasía, es decir, como lo vimos anteriormente, un objeto determinado de esta fantasía, teniendo en cuenta que la discriminación de la fantasía y del objeto es abstracta y pertenece a un estado evolutivo mucho más adelantado. Podemos decir que, por actuación de fantasías básicas heredadas, o profantasías, que existen anteriormente a la experiencia externa, se crean, por influencia de las situaciones en las cuales intervienen el ambiente del niño, y esencialmente la madre, moldes estructurales de vivencias. Estos moldes son primero fantasías ya que está reconocido que las fantasías moldean en gran parte al objeto. En un estadio más adelantado, el objeto, ya distinto de la fantasía, (en la medida que interviene en una pluralidad de fantasías), aun que siempre relacionado con ella, poseyendo por

introyección algunas de las características de los objetos externos, se vuelve a su vez molde de situaciones y vivencias. Si aceptamos el concepto estructural de las fantasías, podemos suponer también que, en un estado más evolucionado del yo y de la diferenciación del yo y del no-yo, se estructuran objetos relacionados con las fantasías, pero ya distintos de ellas como del yo, que puedan sea integrarse al yo y enriquecerlo, sea permanecer distintos de él, aunque manteniendo una existencia intrapsíquica (es decir determinando desde el interior la producción de situaciones y vivencias). Este concepto de molde de experiencias me parece dar cuenta de lo que se entiende comúnmente por objeto o imago, y evitar las dificultades metapsicológicas que involucra la idea de un retrato interior en la mente del niño de lo que es la realidad para el adulto.

Me parece que la connotación común de los términos objeto e imago no se aparta bastante de la idea del empirismo clásico de un mundo de copias psico-cerebrales de los objetos físicos. Creo además que hay en los trabajos psicoanalíticos dos usos de los términos objeto e imago. Un uso concreto: cuando decimos que un sujeto “tiene como objeto internalizado a una madre mala devoradora” o que tiene la imago interna de esta madre, nos estamos refiriendo a experiencias auténticas y teniendo un significado plenamente aprovechable. Un uso abstracto o metapsicológico: el término imago nos deja pensar en un doble imaginativo de una cosa real externa, el término objeto introyectado nos deja pensar en un mundo reflejo y en una mente espejo, aunque deformante. Sería absurdo tratar de modificar una terminología útil y significativa. Creo meramente que, para el uso metapsicológico de los términos, tenemos que entendernos: cuando hablamos de objetos internalizados, queremos significar moldes estructurales de vivencias producidos por nuestras profantasías y nuestras vivencias arcaicas, que permanecen inconscientes “en” nuestro psiquismo, y que contribuyen, en forma más o menos determinante según el grado de evolución del yo y el grado de estructuración del esquema corporal, a configurar nuestra experiencia ulterior. Este me parece ser el significado auténtico del concepto de objeto introyectado en los escritos psicoanalíticos actuales. Otra vez



estamos funcionando con un concepto concreto en la técnica, y viciado por reminiscencias prepsicoanalíticas cuando pensamos en términos metapsicológicos.

Otra característica esencial diferencia el objeto introyectado y los objetos físicos. Si el objeto introyectado es una estructura inconsciente, lo alcanzamos a través del significado de situaciones observables. Pero ninguna situación tiene un solo significado, sino que cualquiera es susceptible de interpretaciones más y más profundas, es decir en términos de relaciones de objeto más y más arcaicas. Estos significados están en continuidad entre sí, formando como capas estratificadas. No que estas capas existan realmente: son niveles de funcionamiento de los objetos. En otras palabras, un objeto puede funcionar en niveles integrativos muy distintos, en relación con el grado de integración o de regresión del yo. Por ejemplo podemos encontrar, debajo de un objeto discretamente perseguidor del ambiente de un sujeto, supongamos su tía, a una madre fálica, a una pareja parental combinada y Perseguidora, a un pecho devorador. En una reconstrucción histórica del caso, podremos, con tal de poseer los datos necesarios, seguir paso a paso las etapas de la introyección y los grados sucesivos de la estructuración de los objetos introyectados y del yo. Sabemos que este objeto interno determina no sólo la relación con la tía como perseguidor privilegiado, sino varias relaciones de objeto más. En un sueño podemos ver al mismo objeto simbolizado por una mujer armada de un bastón (madre fálica), este sueño puede estar asociado con el recuerdo de una escena primaria, y este recuerdo puede acompañarse de dolores de estómago (vivencia, en este supuesto caso, de la mordedura interna de un pecho devorador).

Es decir que el objeto tiene un funcionamiento lábil, oscilando entre estados de integración con la experiencia estructurada del yo y conformes a la realidad, y estados de desintegración regresiva donde el objeto retoma sus características arcaicas. Esta labilidad es relativa. Ciertos objetos no pueden formar parte de las experiencias más integradas del yo, no son asimilables. Otros son asimilables, pero sólo en parte, y tienen un nivel de funcionamiento predominantemente regresivo, provocando entonces tras-

tornos psíquicos. Así es como en personas adultas se pueden observar relaciones de objeto bastante buenas en un sector de las vivencias, el núcleo familiar, por ejemplo, y de tipo marcadamente persecutorio en otros sectores, la profesión por ejemplo. Es decir que esta persona está funcionando en una misma época de su vida, simultáneamente, con objetos evolucionados y con objetos mucho más regresivos, con objetos asimilables y no asimilables.

4. Tipos de existencia de los objetos introyectados.

Los procesos del duelo, si fueran los primeros en los cuales se pudo reconocer la existencia de objetos internalizados, no son ni mucho menos los únicos. En la actualidad, se podría decir que cualquier estado psíquico normal o patológico se define en parte por una configuración determinada de las relaciones de objetos internos y externos. En este sentido, los trabajos de Melanie Klein han contribuido enormemente al esclarecimiento del concepto.

Melanie Klein encuentra en la base de la posición esquizo-paranoide así como de los estados esquizoides y esquizofrénicos, el proceso de disociación (splitting) de los objetos y del yo. Este proceso, y los que lo acompañan y siguen: proyección, negación omnipotente, idealización, fragmentación y dispersión, encapsulamiento, identificación proyectiva, —o al contrario integración, asimilación discriminación, — da lugar a una cantidad de estados o tipos de existencia de los objetos. Cada uno de estos tipos de existencia se relaciona con la necesidad del yo de manejar los objetos para administrar sus tensiones y angustias relacionadas con ellos. No podemos hacer un inventario completo de todos estos estados de los objetos; sería en realidad escribir un tratado de psicopatología explicativa. Nos limitaremos a escoger algunos ejemplos de distintos tipos de existencia de los objetos.

El proceso de disociación y la consiguiente existencia disociada de los objetos se pueden observar en muchísimos fenómenos de la vida normal o patológica, desde la división entre personajes buenos y malos en los cuentos infantiles, en las revistas ilustradas, en las películas de cow-



boys, hasta la división entre aliados y enemigos de la propaganda política, o la división entre perseguidores y seres ideales que se observa en los estados esquizoides. Describí en un trabajo anterior (14) el tipo de existencia de un objeto disociado, idealizado y encapsulado.

La paciente A vivía a este objeto (en su estadio más evolucionado un descubrimiento científico) como interno, y se encontraba incapacitada para “ponerlo afuera”, para formular el descubrimiento y comunicarlo a los demás. Este objeto era sentido como algo “muy importante”, muy poderoso, muy perfecto. Todas las formulaciones eran infinitamente pobres e inadecuadas comparadas con su perfección. Se había vuelto el eje interno de toda la vida de la paciente. El mayor problema de ésta era poder asimilar a su objeto interno, protegido por una especie de costra o de quiste protector, lo bastante como para poder expulsarlo. En este caso, el objeto estaba ubicado en el mundo interno, y radicalmente distinto del yo: el quiste protector lo salvaba de los elementos perseguidores que existían en la vida psíquica *interna* de la paciente: un perseguidor que actuaba desde el interior del pensamiento “interfiriendo” los pensamientos, produciendo amnesias, etcétera.

La paciente B, víctima de un enamoramiento patológico, vivía al contrario a su objeto idealizado como ubicado en el mundo exterior. El objeto de su amor había adquirido por proyección características tan maravillosas que todo perdía su significado. Para la paciente excepto la presencia de su objeto, y el yo se había empobrecido en tal forma a favor del objeto que, si éste faltaba, la vida ya no valía la pena de ser vivida. De donde una gravísima tentativa de suicidio que por poco hubiera provocado la muerte de la paciente, algunos días antes de empezar su análisis. Este suicidio no tenía un significado melancólico; era totalmente exento de culpa consciente o inconsciente, y estaba determinado por el deseo de conservar al objeto idealizado (fantasía de suicidarse en la habitación de él, de parar la vida cuando aún la paciente lo tenía, cuando aún no había roto las relaciones). Pero, en este mismo caso, la paciente no había tenido siempre a su objeto idealizado fuera de ella, ubicado en un hombre del cual estuviera enamorada. Al contrario, este

enamoramiento de los treinta años era un fenómeno totalmente nuevo para ella, y no recordaba sino tentativas escasas y de poco alcance para enamorarse anteriormente. Sin embargo, la paciente había vivido experiencias de tipo distinto que se relacionaban con toda claridad con el enamoramiento patológico. Eran experiencias donde ella misma había sido objeto de un amor fascinado y extremadamente dependiente. El primer amor de este tipo había sido el de su padre para ella, que, más que amor, había sido “endiosamiento”. Y la misma situación se había reproducido en su experiencia amorosa ulterior: los hombres la endiosaban. No tanto por su belleza “objetiva”, pues, aunque fuera linda, no tenía facciones extraordinarias según los cánones clásicos; sino por lo que ella irradiaba, es decir por la presencia interna de su objeto idealizado. El análisis de este caso permitió comprobar también la presencia de objetos perseguidores, ubicados en el mundo externo, y que se manifestaban produciendo reacciones fóbicas.

Otro ejemplo de disociación de los objetos, con idealización, proyección y fragmentación — dispersión, nos está proporcionado por el célebre caso de Schreber, cuya autobiografía fue analizada por Freud. (15) La evolución del caso está marcada por el proceso de disociación del perseguidor y del objeto idealizado, cada uno de ellos pudiendo fragmentarse al infinito o volver a juntarse según la intensidad de las angustias. Así el primer perseguidor de Schreber el Dr. Flechsig, se divide en varias “almas”, lo mismo que Dios se divide en Dios inferior y Dios superior, y se fragmenta en una infinidad de “rayos”, cada uno de los cuales posee una parte de la omnipotencia divina. Adelantemos que en este caso como en los demás, la forma de existencia de los objetos (aquí determinada por la disociación) no se puede entender prescindiendo de los fenómenos correspondientes en el yo.

Estos ejemplos nos pueden ayudar a formular una hipótesis sobre el tipo de existencia de los objetos internos. En cada momento, nuestra experiencia nos aparece como un campo orientado y estructurado espaciotemporalmente (lo que estoy percibiendo como vehículo de lo que estoy haciendo), como lo describe Merleau Ponty. (16) Ubicada así la descripción, prescindimos de las



diferencias ontológicas que perturban nuestra comprensión: vemos en los objetos físicos, nuestro cuerpo, nuestros pensamientos, áreas de experiencia no equivalentes ni indiferenciadas, sino estructuradas y poseyendo líneas de fuerzas y centros de intereses, alrededor de los cuales se estructura el campo en su totalidad. El análisis de este campo nos lleva a reconocer, por debajo de su significado consciente, otros significados que nos permiten entender sus aspectos conscientes. Vemos entonces que este campo no se estructura porque sí, sino en relación con las experiencias anteriores, según moldes preexistentes (fantasías y objetos), y con la finalidad de administrar tensiones y angustias.

En cada momento, la estructura consciente del campo encubre otra estructura expresable en términos de una fantasía inconsciente, y qué incluye centros de referencia más estables que la fantasía misma: los objetos internos. La ubicación de estos objetos, su significado actual, sus interpelaciones son administrados por el yo, según sus proyectos y sus necesidades defensivas.

5. Permanencia temporal de los objetos.

Lo que nos enfrenta con otro problema: el de la permanencia temporal de los objetos. En un momento dado, un objeto puede estar localizado en un área, en otro momento, en otra. Sin embargo pensamos que se trata del mismo objeto. Suponemos, Pues, que un objeto introyectado tiene una permanencia a través de sus distintas ubicaciones, y de las variaciones de su relación con el yo. Aun podemos admitir su existencia latente cuando no parece intervenir en la estructuración de nuestro campo actualmente vivenciado. Con mayor razón debemos admitir esta existencia latente si consideramos el carácter inconsciente de los objetos introyectados. En un trastorno hipocondríaco, por ejemplo, el sujeto tiene conciencia de una enfermedad o de un dolor localizado en tal o cual parte del cuerpo. Durante el proceso analítico, uno se puede llegar a dar cuenta de la fantasía subyacente al trastorno. Por ejemplo: “tal objeto parcial, —pecho agresivo en el plano oral, — me está mordiendo tal órgano”. Fantasía y objeto permanecían

inconscientes, determinando el trastorno percibido por la conciencia.

Lo mismo, un objeto exterior puede estar percibido según características pertenecientes realmente a un objeto interno inconsciente. Se producen en forma frecuentísima situaciones de este tipo: una disociación entre dos aspectos de un objeto de la constelación familiar de un sujeto, uno de los aspectos quedando consciente y el otro, reprimido, siendo percibido por proyección en otra persona. Un hombre puede, como defensa contra angustias depresivas, dividir la imago de su madre en un aspecto bondadoso, puro y gratificador, y otro agresivo, prostituido y frustrador; y percibir el segundo aspecto en su mujer o compañera sexual, independientemente de las características reales de ésta. En el proceso analítico, este hombre podrá renunciar a esta disociación, unificar los dos aspectos de su objeto interno, y percibir a la vez a su madre y a su mujer según sus características objetivas. ¿Qué ha pasado?

El objeto es alcanzado en sus aspectos conscientes directamente (cuando existen estos aspectos), y en sus aspectos inconscientes por interpretación de las vivencias conscientes. En el ejemplo citado, esta interpretación se justifica como sigue: percibimos sea en la vivencia interior del paciente, sea en su vivencia transferencial con nosotros una contradicción. Se han atribuido a un objeto real características que no le pertenecen. Estas características, por el contrario, son percibidas por el sujeto en situaciones muy diversas con distintos objetos. Deducimos entonces que estas características pertenecen a algo interno, propio del sujeto (podrían ser propias del yo del sujeto. supongamos que pertenecan a un objeto interno). El sujeto no reconoce espontáneamente la existencia de este objeto, pero nosotros postulamos su existencia. Señalamos las contradicciones de la vivencia con las características objetivas del objeto, analizamos las angustias que llevaron a la disociación, y asistimos entonces, si hemos procedido adecuadamente, a cambios en la vivencia consciente del sujeto. Primero, se da cuenta de que él está provocando las reacciones frustradoras de la mujer, o está interpretando sus reacciones reales según la necesidad de frustración impuesta por su



objeto interno. El sujeto reconoce, pues, la existencia interna de lo que el percibía afuera. Si conseguimos llevar más lejos el proceso y ayudar al sujeto a unificar sus imagos internas disociadas, observamos un cambio correlativo en la percepción de su madre real y en la de su mujer real. Aquélla se volverá menos perfecta y más humana, ésta se volverá mejor.

En este caso, podemos definir el objeto como lo que provoca este tipo de experiencias, o el molde estructural de ellas. Es interno, posee permanencia temporal (ya que provoca la repetición de situaciones de misma estructura en épocas muy distintas de la vida, también interviene en lo que llamamos patrón de reacción o compulsión a la repetición), determina cierto tipo de vivencias en el sujeto, permanece inconsciente.

6. Los objetos internos y el yo.

Los objetos funcionan en interrelación con el yo. A cada nivel de funcionamiento del yo corresponde un nivel de funcionamiento de los objetos (la recíproca no siendo exacta, ya que un objeto puede permanecer encapsulado y no evolucionar mientras el yo sigue integrándose). El objeto se define también esencialmente por su relación con el yo. Fairbairn ha notado (IT) adecuadamente que lo que se reprime no son sólo pulsiones o instintos, sino esencialmente objetos. Los objetos internos tienen entonces dos destinos esenciales: o se integran con el yo o superyó, o se reprimen y encapsulan.

Pero el asunto no va sin problemas. Supongamos que un objeto del campo vivencial externo se introyecta. Ya sabemos que no se introyecta tal cual está vivenciado, sino en determinados aspectos y con determinada función (por ejemplo para combatir una angustia paranoide de determinada índole). En las introyecciones no primitivas el proceso es aún más complicado, ya que los objetos “reales” vivenciados en el campo fenomenal externo son a su vez depositarios de objetos internos y partes del yo proyectados. La reintroyección de estos objetos externos previamente percibidos a base de proyección permite al yo adquirir una modificación que puede ser muy pequeña (el placer en comer un alimento determinado, por ejemplo). Es decir que el objeto, la

mayoría de las veces, no se introyecta en bloque, masivamente, sino en ciertos aspectos que vienen a modificar la estructura de los objetos introyectados o la del yo. Aun para las introyecciones primitivas, como lo notan Melanie Klein (10) y Paula Heimann. (18) el “lugar” de la introyección o las características del objeto introyectado dependen de la situación en la cual se ha producido la introyección y de la función de ésta. Por ejemplo, se pueden introyectar determinadas habilidades del objeto en el yo para poder controlar ciertas angustias. El problema de porqué un objeto se introyecta en el yo, o en el superyó, o a parte de los dos, es todavía muy oscuro. Paula Heimann sugiere que depende de las condiciones de la situación introyectiva, lo que abre un camino a la investigación.

Una situación más complicada todavía es la del yo con el objeto internalizado. Depende evidentemente del yo si un objeto se puede integrar o no. En el segundo caso, no es indiferente para el yo tener que arreglárselas con un objeto interno; la presencia de éste no es neutra, sino que exige del yo un esfuerzo de control. En la paciente A, vimos que casi toda la actividad del yo se gastaba en el esfuerzo para tratar con el objeto idealizado interno (en preservarlo de los perseguidores y en tratar de asimilarlo). Podemos admitir en regla general (según lo comprueba la experiencia) que a objetos disociados corresponde un yo disociado, y que a un yo integrado corresponden objetos discriminados (es decir unificados y vivenciados según sus características objetivas históricas o actuales). Es decir que toda la patología del yo se debe entender a partir del proceso de disociación, defensa prototípica contra la angustia y el instinto de muerte, y de las técnicas defensivas que se establecen contra él.

Toda división o disociación de los objetos tiene su aspecto correspondiente en el yo; éste no puede disociar a sus objetos sin disociarse a sí mismo. Así, en la paciente A, el yo se encontraba empobrecido por la doble necesidad de proteger al objeto idealizado y de defenderse de los perseguidores. La cápsula o el quiste del objeto idealizado pertenecen con claridad no al objeto mismo, sino al yo. En este caso, el quiste era constituido por todas las medidas protectoras del yo rodeando su objeto idealizado y perdido en su



contemplación. El yo se encontraba así obligado a combatir en dos frentes, un frente externo para protegerse de los perseguidores externos, un frente interno para proteger al objeto contra las tendencias destructivas del propio yo y contra perseguidores internos. Lo que implicaba una grave disociación del yo y producía una vivencia subjetiva de gran debilidad.

En el caso B, los procesos yoicos eran también muy importantes. El objeto idealizado externo había, como dice Freud, (5) “comido al yo”, se había enriquecido a expensas de él. Es decir que el objeto externo correspondía no sólo a un objeto anteriormente interno y ubicado afuera, sino que también se habían ubicado en él aspectos importantes del yo. El yo veía en su objeto todo lo valioso que él mismo poseía anteriormente (su inteligencia, su bondad, sus dotes artísticas, etc...). Para retomar una metáfora de Melanie Klein, todo pasa como si partes o aspectos disociados del yo quedasen adheridos al objeto, esté interno o externo.

Este proceso se produce en la medida que se trata de objetos disociados y no de objetos discriminados. En este último caso, el yo está integrado, es decir que puede entrar en contacto con el objeto sin perderse a sí mismo. Se enriquece y no se empobrece en el contacto, y esto constituye la piedra de toque para reconocer los procesos disociativos.

Así la simbiosis psicológica implica un proceso bien claro de disociación del objeto y del yo. Llamamos simbiótica una pareja donde cada uno de ambos miembros asume funciones del yo del otro y en cambio le cede funciones de su propio yo, lo que se ve frecuentemente en parejas homo y heterosexuales. Así existía entre dos muchachos C y D una relación de este tipo. Ambos se servían de objeto acompañante recíprocamente. Era muy llamativo este proceso en la vida amorosa de ambos, y hasta podía decirse que C y D tenían una vida amorosa para dos. D se encargaba de toda una parte de estas relaciones (arreglar la conquista para C, manejar los encuentros con el objeto, orientar a C sobre la conducta a adoptar con él, etc...). Al contrario, C estaba encargado de la parte propiamente amorosa de las relaciones, D limitándose a gozarlas por el intermedio de C.

Se trataba con evidencia del mecanismo de identificación proyectiva, donde objetos internos y aspectos que pertenecen sin duda posible al yo son proyectados, ubicados en un objeto determinado (depositario), empobreciéndose en la misma medida el yo. En el caso de C y D, C tenía una angustia de desintegración muy grande, y por eso ubicaba en un lugar seguro, en D, su aspecto “cuerdo”. Al contrario, D tenía reacciones fóbicas frente al coito y vivía sus relaciones genitales a través de C, lo que le permitía a la vez tener una cierta clase de actividad sexual y evitar el peligro de castración involucrado en el coito vivido en persona. Un análisis más desarrollado llevaría a la intensa componente homosexual de esta relación.

La característica esencial del fenómeno de identificación proyectiva (19) es que se proyectan en un objeto externo aspectos o partes del yo, de donde el sentimiento de desintegración, empobrecimiento o vaciamiento del yo que acompaña a este proceso. Así se diferencia la identificación proyectiva de la proyección pura y simple de impulsos u objetos internos distintos del yo, que en tal caso, no se siente empobrecido.

Quedaría por saber si la proyección puede existir en el estado puro, es decir, sin identificación proyectiva de partes del yo. Pensamos que se trata sólo de un límite teórico. Veríamos más bien una escala con todas las combinaciones posibles entre la proyección casi pura y la identificación proyectiva casi pura, siendo esencialmente, en este último caso, partes o aspectos del yo, anteriormente e integrados y después disociados regresivamente, lo que se proyecta.

Este mecanismo nos aclara las relaciones de los objetos con el yo. Estas relaciones oscilan entre el enquistamiento completo con empobrecimiento del yo que constituye el quiste para controlar al objeto que no puede asimilar, y la integración completa, donde el objeto llega a hacer parte del yo, que adquiere así sus características y sus habilidades. Entre estos dos grados extremos, existen muchos estados de integración parcial del objeto en el yo. En estos casos, los objetos cambian de estatuto cuando se produce una regresión. Tienden entonces a independizarse del yo, y éste puede perder las características o habilidades que había adquirido mediante la



integración de ellos. Es el fenómeno bien conocido (20) de la pérdida de una sublimación en la regresión.

7) Los objetos y la integración del superyó

Hasta ahora, nos hemos ocupado sobre todo de la integración del objeto con el yo, pero sabemos que una de las ubicaciones posibles del objeto es su integración con el superyó. Completando la descripción de Freud, Melanie Klein ha mostrado que el superyó se constituye por una serie de introyecciones cuyo principio se produce en los primeros días de la vida. Estas introyecciones se fundamentan sobre la disociación del primer objeto entre un perseguidor y un objeto idealizado que vienen a constituir los dos núcleos básicos del superyó. Paralelamente con la evolución del yo, estos dos núcleos del superyó se van integrando entre sí y armonizando con el yo. La persecución por el núcleo sádico y las exigencias de la parte idealizada del superyó (existe una persecución particular de parte del objeto idealizado: la exigencia impuesta al yo de una perfección inalcanzable, con todas las renunciaciones que eso implica) se van ablandando hasta que el superyó, al cabo de una evolución feliz, se pueda transformar en parte en ideal del yo y cumplir así una función útil en la vida psíquica. La diferencia es que, en este caso, la estructura psíquica parece constituirse (a menos de admitir la existencia de una estructura filogenética del superyó, hipótesis que no parece imprescindible) enteramente a base de introyecciones cuando en el caso del yo parece necesario admitir la existencia de un núcleo integrado algo estructurado y pudiendo manejar los mecanismos primitivos, en particular la disociación, proyección, introyección.

A parte de esta diferencia, volvemos a encontrar en el caso del superyó la misma escala de niveles integrativos que en el yo. Aún se puede observar que la integración del yo y la del superyó son dos procesos correlativos. El yo no puede ser realmente integrado si no ha conseguido armonizarse con el superyó. El proceso integrativo de los objetos en el superyó es además el mismo que en el yo. Es decir que pueden

subsistir núcleos inasimilados — idealizados y perseguidores — en el superyó, a parte de un superyó relativamente evolucionado (por ejemplo el autocastigo por una actividad del yo plenamente aceptable por la parte evolucionada del superyó, pero no para el núcleo perseguidor).

En la regresión, observamos fenómenos de desintegración en el superyó como en el yo, y los objetos anteriormente integrados retoman sus formas arcaicas y se independizan de la estructura, lo que provoca las manifestaciones a menudo paradójicas del superyó en las psicosis.

Resumamos las conclusiones a que hemos llegado por este examen del tipo de existencia del objeto internalizado. Si se considera, como lo hicimos, la fantasía inconsciente como prototipo de la estructura psíquica, el objeto interno es primero un aspecto de la fantasía inconsciente. Pero se estructura en otro nivel, en relación con el yo. Es una estructura más fija que la fantasía inconsciente, aunque conserve un grado importante de labilidad. No es una cosa física ni el retrato más o menos deformado de las cosas físicas, sino un molde de vivencias. Es accesible experimentalmente en el campo que constituye la situación analítica, porque sin su existencia las características de este campo se volverían ininteligibles. Tiene permanencia temporal en la secuencia de estructuraciones de este campo, aunque tome formas y funciones distintas en cada una de estas estructuraciones, en relación con las angustias, tensiones y fantasías vivenciadas en cada una de ellas.

El objeto interno se define en todos los casos por su nivel de funcionamiento, es decir, por su grado de asimilación y de integración por el yo. El yo lo puede ubicar, por propósitos defensivos o de control de la angustia, sea en la área psíquica, sea en la corporal, sea en el mundo; pero esta ubicación posee, y en mayor grado a medida que el yo está más integrado y puede permitirse mayores regresiones (en la situación analítica, por ejemplo), una gran labilidad.

El objeto se diferencia, pierde su rigidez, se vuelve más capaz de adaptarse a los objetos externos en sus características objetivas, en la medida que el yo evoluciona hacia la madurez.



Referencias

- 1) RAPAPORT, DAVID. — “Organization and Pathology of Thought”, New York, Columbia University Press, 1951.
- 2) FREUD, SIGMUND. — “La aflicción y la melancolía”, ‘Obras Completas’, T. IX. Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.
- 3) FREUD, SIGMUND. — “La interpretación de los sueños”, ‘Obras Completas’, T. VI y VII, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.
- 4) FREUD, SIGMUND. — “Psicología de las masas y análisis del yo”, ‘Obras Completas’, T. IX, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.
- 5) FREUD, SIGMUND. — “El yo y el ello”. ‘Obras Completas’. T. IX. Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.
- 6) FREUD, SIGMUND. — “Compendio del psicoanálisis”. ‘Obras Completas’, T. XXI, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1955.
- 7) ISAACS, SUSAN. — “Naturaleza y función de la fantasía”, ‘Revista de Psicoanálisis’, T. VII No 4. 1950.
- 8) Idem: p. 574.
- 9) Idem: p. 593.
- 10) KLEIN, MELANIE. — “Some Theoretical Conclusions Regarding the Emotional Life of the Infant”, in “Developments in Psycho-Analysis”. Londres, The Hogarth Press, 1952.
- 11) KLEIN, MELANIE. — “On observing the Behaviour of Young Infants”, in “Developments in Psycho-Analysis”, Londres, The Hogarth Press. 1952.
- 12) HEIMANN, PAULA. — “Algunas notas sobre el concepto psicoanalítico de los objetos introyectados”. El artículo original se encuentra en el “British Journal of Medical Psychology”, Vol. XXII, p. 1 y 2.
- 13) PICHÓN RIVIERE, ARMINDA A. DE. — “El juego de construir casas su interpretación y su valor diagnóstico”, Buenos Aires. Ed. Nova, 1950.
- 14) BARANGER, WILLY. — “Asimilación y encapsulamiento: estudio de los objetos idealizados”, “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”, T. I, N° 1, 1956.
- 15) FREUD, SIGMUND. — “Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) autobiográficamente descrito”. ‘Obras Completas’, T. XIII, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.
- 16) MERLEAU PONTY. MAURICE. “Phénoménologie de la perception” París, N. R. F., 1945.
- 17) FAIRBAIRN, RONALD. — “Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto”, “Revista de Psicoanálisis”, T. V, No 2, 1947.
- 18) HEIMANN, PAULA. — “Certain Functions of Projection and Introjection in Early Infancy”, in “Developments in Psycho-Analysis”, Londres, Hogarth Press. 1952.
- 19) KLEIN, MELANIE. — “On identificaron”; in “New directions in Psycho-Analysis”, Londres, Tavistock, 1955.
- 20) HEIMANN, PAULA e ISAACS, SUSAN. — “Regression”, in “Developments in Psycho-Analysis”, Londres, Hogarth Press. 1952.

